

# LOS LÍMITES DEL CRECIMIENTO

H

ace veinte años, el Club de Roma lanzaba, en el conocido informe Meadows, la controvertida propuesta del crecimiento cero, para hacer frente a la realidad de un mundo cada vez más poblado y de recursos limitados. Luego se ha visto que los crecimientos no son tan exponenciales como se indicaba en el informe, ni el mundo es tampoco, desde el punto de vista de su funcionamiento global, tan frágil como parecía. Sin embargo, cierto es que el desarrollo originado, en el mundo industrializado principalmente, por la capacidad creativa e innovadora del hombre, no ha satisfecho por desgracia todas las expectativas de progreso que se habían generado. Hoy, este progreso no sólo no llega a todo el mundo sino que está acentuando las diferencias sociales entre países y entre clases sociales de un mismo país, ocasionando, en muchos casos, cambios profundos y acelerados de nuestro entorno que exigen acciones urgentes para no comprometer el futuro de todos.

Por eso sigue planteada la pregunta inicial: ¿Deben ponerse límites a este modelo de desarrollo? ¿La degradación irreversible del medio es el precio a pagar por el progreso?

En estos veinte años se han acumulado observaciones, se han desarrollado conceptos y se han mejorado los conocimientos sobre los cambios producidos por el hombre en el medio. Las teorías simplistas del determinismo ambiental han sido substituidas por apreciaciones, cada vez más rigurosas, de cómo los entornos físico y biológico responden a la acción y del hombre y, muy especialmente, al propio sistema industrial.

La comprobación de los hechos, por ejemplo, ha



© ELOI BONJOCH

puesto de relieve que la problemática de la degradación del medio sobrepasa los límites de los fenómenos que podemos observar de modo inmediato y que tal vez nos son más familiares. Las catástrofes industriales del Rhin, la nuclear de Chernobil, la marítima del Exxon-Valdez o el escándalo de la exportación de residuos industriales a países africanos por parte de algunas multinacionales, para citar sólo algunos hechos más recientes y relevantes, nos han

demostrado que la contaminación no reconoce fronteras.

Por otro lado, y sin negar la importancia de estos accidentes, como la de los de menor identidad que se producen constantemente a escala local, hoy día son motivo de especial preocupación las emisiones difusas de muchos componentes químicos a la atmósfera o a las aguas, continentales o marinas, que son mucho más difíciles de detectar y evaluar y que pueden, incluso, afectar al medio a escala global. El recalentamiento del clima, por el aumento de gases con efecto invernadero procedentes de la combustión, por la modificación del ciclo hidrológico, por la destrucción acelerada de los bosques y por las emisiones de gases biogénicos producidos en áreas costeras eutróficas, o el debilitamiento de la capa de ozono, debido al uso de compuestos sintéticos fotorreactivos, son algunas de las consecuencias más significativas observadas. La problemática ambiental global sin embargo, no se limita a los procesos o fenómenos que tienen la consideración de globales debido a su alcance o sus implicaciones, sino que se extiende a los que, aun siendo de carácter local o regional, se repiten en todas partes y, por lo tanto, pasan a ser motivo de

preocupación general. Ejemplos de esta segunda categoría de problemas serían: las lluvias ácidas, la contaminación de los acuíferos o de los estuarios y zonas costeras, la desertización o erosión de los suelos. Estamos entrando así en un período de concienciación en el que, a diferencia del de los años setenta, cuando la principal preocupación era la contaminación a escala local o regional, asociada al proceso de industrialización, existe un creciente convencimiento de que los problemas son de alcance mundial o planetario. La rapidez con que podamos anticipar tales problemas y actuar eficazmente para resolverlos dependerá de nuestro grado de comprensión de los procesos o de los fenómenos que los originan. En cualquier caso, se impone ya la adopción de un nuevo orden de valores en la gestión de la sociedad industrial, sobre la base de una amplia solidaridad ecológica internacional. De hecho, el mejor conocimiento de la problemática ambiental debe contribuir a la "modernización ecológica" de la sociedad industrial.

Tal gestión tendrá que priorizar los planes de prevención sobre los de emergencia. Instrumentos básicos para esta gestión son los programas de vigilancia ambiental, entendidos no como simples ejercicios de recogida o acumulación de datos, sino como una forma de identificar problemas y de dar respuestas a cuestiones planteadas. Naturalmente, esta actividad debe ir acompañada de la aplicación de técnicas adecuadas de minimización del impacto ambiental, para ir avanzando en la introducción de tecnologías más conservacionistas, es decir, más ventajosas desde el punto de vista del consumo energético y de la producción de residuos. De este modo, la Comisión Mundial para el Medio Ambiente, creada por la ONU en 1983, y llamada también Comisión Brundtland a causa de su presidenta, la primera ministro noruega, manifestó que era posible



una solución de compromiso entre el desarrollo industrial y la salvaguarda del medio, y lanzó la propuesta del crecimiento o el desarrollo sostenido. Es decir, de un desarrollo que, atendiendo a las necesidades del presente, hiciera compatible el crecimiento desde los puntos de vista económico y ecológico, y no comprometiera las capacidades de las futuras generaciones para atender las suyas.

La CEE ha llegado más lejos incluso manifestando, en su Cuarto Programa de Acción, que es necesario integrar, desde un principio, el medio ambiente en las políticas económica, industrial, energética, agrícola y social de la Comunidad. Con el convencimiento de que eso estimulará la innovación tecnológica, la creación de puestos de trabajo y la apertura de nuevos mercados.

Un último elemento a tener en cuenta para la configuración de este nuevo orden de valores es el de la corresponsabilización de toda la sociedad, comenzando por la formación de una conciencia social, tan objetiva como sea posible, sobre toda la problemática ambiental. Formación en la que desempeña un papel fundamental la transferencia de información al público. Nada nuevo descubrimos al decir que existe un notable desconocimiento de las aportaciones que la técnica y la ciencia han hecho y están haciendo en este campo, desconocimiento que se manifiesta en reacciones contradictorias a la hora de apreciar situaciones conflictivas o factores de riesgo. Y ello cuando no son las propias demandas o prácticas sociales las que destrozan nuestro entorno o nuestros recursos. Es sorprendente, por ejemplo, ver la facilidad con que se aceptan situaciones muy negativas, por el mero hecho de ser más familiares, y se reacciona con agresividad incluso ante otras más desconocidas. Se trata, como alguien ha dicho, de reconciliar la biosfera con la sociosfera. □

JOAN ALBAIGÉS DIRECTOR DEL CENTRO DE INVESTIGACIÓN Y DESARROLLO